



Transiciones

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA

Griterío

Hace mucho tiempo que no percibía tal unanimidad frente a las políticas gubernamentales. Ni siquiera ante las medidas para combatir la crisis de 1982 ó 1994. Con raras excepciones, todos los sectores manifiestan dudas, reticencias o rechazo al paquete fiscal presentado por el Ejecutivo. Salvo aquellos periodistas que se han erigido en voceros gubernamentales y que han concluido que el aumento de impuestos es la única medicina frente a la grave crisis económica por la que atraviesa el país; no encuentro argumentos sólidos de defensa. Incluso, reconocidos panistas manifiestan en privado sus dudas, pero en público parecen imposibilitados de hacerlo. Ignoro qué tanto es estrategia política del gobierno federal: como sabían que el aumento al 2% generalizado al consumo sería rechazado por la Cámara de Senadores, habría argumentos de nuevo para decir que es el Poder Legislativo quien frena las buenas iniciativas del Ejecutivo. Eso lo veremos pronto.

En su columna dominical del periódico La Jornada (13/09/2009), Rolando Cordera, escribió: “El secretario de Hacienda

se dio a la poco grata tarea de convencerlos de que nuestro ser único nos impide por lo menos intentar lo que otros hacen para evitar que la recesión se profundice. En vez de gastar, recorte; en vez de estimular el empleo y el ingreso, impuestos al consumo; en vez de proponer siquiera un paso hacia la construcción de un régimen de bienestar para todos, un nuevo ‘copete’ que demostrará con creces que ‘no hizo igual con ninguna otra nación’: Impuestos generalizados al consumo para combatir la pobreza”.

Frente a la crisis de entreguerras (1929-1933), se impuso una política keynesiana cuyo objetivo era estimular la demanda social. El mundo se encontraba en recesión. Muchos recordamos aquellas medidas, luego llevadas a la pantalla, en las que, por un lado, se contrataba a personas para hacer hoyos y a otros para tapparlos. El gasto público utilizado para reactivar la parálisis económica. En 1982 y 1994, el diagnóstico fue diferente: el problema ya no estaba en el ámbito de la demanda social sino en el de la oferta: había que contraer el gasto social y retirar al Estado de la economía. Mucho circulante,

poca producción: Inflación desbordada y crack financiero. ¿Cuál es la naturaleza de la crisis de hoy? Según los economistas serios se trata de una recesión, más parecida a la sufrida en los comienzos del siglo pasado, que en las décadas de los ochenta y noventa. Por eso me preocupa que estemos ante un escenario donde se utilice una medicina para una enfermedad mal diagnosticada.

No sólo los economistas de reconocidos centros de investigación, sino los asesores empresariales, han dicho que las medidas del paquete fiscal ahondarían la recesión. Con una economía que registra el 10% de caída en el PIB; con una planta productiva paralizada y los comercios agonizantes, ¿Qué es lo que debemos esperar? ¿Por dónde se puede encender la mecha de un estallido social en un escenario de 50 millones de mexicanos sumidos en la pobreza y con un desempleo galopante? ¿Y el golpe de timón? ¿Y las esperanzas que provocó el decálogo presidencial del 2 de septiembre pasado?

Estoy convencido que el Estado requiere recursos económicos crecientes y que una forma privilegiada para allegarse de

ellos es a través de los impuestos. Pero incrementarlos sin hacer crecer la base de contribuyentes me parece que agrava el problema para los cautivos, que son minoría. La evasión fiscal es el verdadero reto. Claro, al aumentar un 2% a todos, se logra que aquellos que no pagan impuestos, lo empiecen a hacer. Pero, para quienes ya pagábamos, se incrementaría la carga y con ella la desigualdad.

El secretario de Hacienda en su comparecencia ante la Cámara de Diputados el martes 15, reiteró la previsión de un recorte de 10 mil trabajadores al servicio del Estado. Sin embargo, como sucedió en 1988, el impacto más importante de este tipo de medidas es el incremento del desempleo. Para evitarlo, sería más razonable rebajar a la mitad las percepciones de los mandos superiores de la administración pública. Claro, eso significaría poner a dieta a la alta burocracia en la que se incluye nuestro rubicundo secretario; y eso sí que esta difícil.